

que por salvar á sus semejantes había sido presa de la muerte.

Toure reconocía, no sólo como á sus semejantes, sino como á sus hijos y parientes, á los diamantes y monedas de oro ó de plata.

Abrióse una suscripción para levantar un mausoleo á las víctimas heroicas, y se depositaron coronas en las tumbas de los mártires.

Los franceses les hicieron la última comedia; es decir, los funerales de ordenanza.

## XII.

El dueño de la mueblería pagó una fuerte multa por su descuido, amonestándosele por la autoridad, para que no volviere á acontecer por su causa desgracia tan lamentable, como la muerte del coronel Toure.

Tres días consecutivos la casa incendiada fue visitada por los franceses, que buscaban con lágrimas en los ojos entre las cenizas y los escombros el reloj de su querido coronel, cuya pérdida les era tan sensible!

## XIII.

El coronel Toure durante la campaña del Interior, había incendiado poblaciones enteras donde habían perecido multitud de inocentes.

La escritura trae una sentencia inexorable que está impresa con tintas de fuego en las páginas sagradas del Nuevo Testamento y que reasume el porvenir de una existencia:

*El que á hierro mata á hierro muere.*



## CAPITULO SEXTO.

SIGUE LA HISTORIA DE LOS LOBOS.

## I.

La carretela que llevaba al guerrillero desapareció entre las últimas luces de la ciudad.

Enrique y Don Serafin se echaron á un lado del camino, dejando apostado al desgraciado Estanislao Luna, que temblaba como una vara verde.

—Querido, dijo Don Serafin á su compañero, la hermana de Martínez es una cosa *confortable*.

—¡Demonio! estoy asombrado de su hermosura.

—Yo no lo estoy menos.

—Tú no sabes una historia, querido.

—¡Eh ¿ se trata de una historia? pues cuéntamela, que ya se me hace un siglo el tiempo que hace que estoy en espera de ese demonio de Pablo!

—Temo que le atrapen y por concomitancia inmediata á nosotros; en cuanto á Luna, ya sabe lo que son latigazos intervencionistas.

—¡Diablo! pensar que nos pueden colgar de una almena como racimo de uvas.

—Algún día les cobraremos esta cuenta.

—¡Quién sabe!

—Soy capaz de pedir mi pasaporte y situarme en Francia.

—¡Vaya un mal gusto! y ¿para que quieres ir á esa guarida de nuestros opresores?

—No pasearé en el bosque Boulogne, ni en los boulevards, ni en los Campos Eliseos, ni atravesaré el Sena, ni.....

— ¡Hombre, basta de citas históricas!

— Elegiré un lugar más hermoso para recrear mis odios contra estos malditos, visitaré tres veces al día el cementerio del Padre Lachaise, ¡que hermoso será contemplar un campo lleno de muertos franceses! sí, ¡ni un sólo mexicano, ni uno solo, todos, toditos franceses! ¡todos muniures!

—Estás excéntrico como un inglés.

—Y mis lacayos serán franceses, mi cocinero francés, el carbonero francés, todos se quitarán el sombrero delante de mí, y yo diré para mis adentros: "esta es mi intervención, yo os mando como á unos chinos"

La impotencia suele refugiarse en la locura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

- No está mal pensado, pero tenemos pendiente la historia.  
 —Ah! sí, ya se me había olvidado.  
 —Estoy en ascuas  
 —Pues, señor, dijo Enrique, la hermana de Martínez es mi hermosa desconocida, la muchacha de Cuernavaca.  
 —¿Qué desconocida? ¿qué muchacha?  
 —La ¿quién es ella? La de mi duelo con aquel bárbaro austriaco á quien dejé medio muerto ó muerto por entero.  
 —¡Hombre, te chanceas!  
 —¡Palabra de honor! pero no estaba tan linda como ahora ¡canario! si es una muchacha que no hay por dónde desecharla: ¡qué piel! si parece de muñeca, ¡qué cintura! se le puede ceñir con una liga de media, ¡qué ojos! si alumbran, y ¡qué dientes!... en cuanto á eso yo sufriría una mordida aunque tuviese la ponzoña de una víbora.  
 —Pues te declaro que somos rivales; porque á mi me gusta más que Luz y que Clara, que Angela y que Beatriz.  
 —¡Hombre, basta de letanía!  
 —Confiesa que esa ensarta de muchachas es de lo mejor y más estomacal.  
 —Entre paréntesis, Guadalupe debe tener un novio cuando menos.  
 —Me parece que hay *intrigulis* en el negocio, la escena de ayer noche, esta especie de huída á Egipto, estos misterios, y sobre todo, el arrojó de Martínez en penetrar á la capital, me parece que es algo más que un asunto de familia.  
 —¡Ay!  
 —¿Estás malo?  
 —No, es que envidia al feliz mortal que despertara el amor en ese corazón de angel  
 —La muchacha es muy hermosa.  
 —Le cobré cariño, ¡es tan graciosa!  
 —Ante esa mujer lo olvido todo, amigo mío, hasta este aire que se me cuele por las médulas.  
 —Sería bueno un lance para entrar en calor.  
 —No, estoy por el reposo, ya me cansa escaramucear día y noche con esta gente.  
 —Pues tenemos para esta noche una receta que no es mala.  
 —No recuerdo.  
 —Chico, Pablo Martínez ha prometido *cenarse* á ese coronel que nos ha detenido en el camino.  
 —¡Ah! sí, á ese bruto que llamó *mujer* á Guadalupe.  
 —Precisamente.  
 —Pues se va á armar una de los demonios en el convite de Baltasar, porque ese antropófago tiene más camándulas que una beata y no se ha de dejar tan fácilmente.  
 —Es el de las confianzas de O' Horán, es su perro de presa

que lo tiene suelto en este camino, que no veo la hora de perder de vista.

—Ese infame cuelga todos los días á algún desgraciado.  
 —Dígalo el boticario Muñoz y otra multitud que yacen en el *Campo de los muertos*.

—Este O' Horan debe muchas.

—Hay se le hará balance cuando menos lo piense.

Los dos amigos quedaron en silencio, entregados á sus sombrías cavilaciones á que se da el pensamiento cuando está influenciado por sucesos dolorosos.

Aquellos jóvenes estaban en aquellos momentos corriendo un riesgo inminente.

Si el coronel que guardaba el camino y lo recorría, daba con ellos, no tenían más que disponerse para morir, y morir como bandidos, sin más tela de juicio que una orden verbal dada á los soldados á la hora de la ejecución.

Esta orden consistía en una sola palabra *¡fuego!*

Al día siguiente, un parte pomposo, una laudatoria en los periódicos, y ni quien volviese á hacer reminiscencia del acontecimiento.

La circular del 3 de Octubre estaba en toda su fuerza.

La ley *Huitzilopochtli*. le decían los chinacos haciendo referencia al dios azteca, cuyos altares se regaban con sangre humana.

## II

Ya hemos dicho que en la tertulia de la casa de O' Horán, reinaba la más cordial hilaridad.

Algunas familias hacían la reunión, y para pasar divertido el tiempo, se entretenían en juegos de prendas ó charadas.

La adulación más ruin se le tributaba á aquel hombre, temiendo concitarse su odio, funesto por mil motivos.

O' Horán era un hombre alegre, reía continuamente aún en medio de sus arranques biliosos.

Ostentaba mucha energía y era un verdadero soldado, es decir, instrumento ciego de sus superiores.

Su imaginación era viva, había siempre un relámpago en sus ojos.

Su actitud era arrogante, no estaba quieto un solo momento, de todo se acordaba, los menores detalles de los negocios los conservaba en la memoria.

Su estatura era pequeña, su pecho abultado, sus espaldas anchas, y movía de continuo la cabeza.

La frente era despejada, su nariz regular, llevaba bigote y

piccha, y su cutis tenía las señales indelebles de las viruelas. O'Horán había tenido una vida borrascosa, el relato de sus aventuras era sumamente divertido.

O'Horán adquirió nombre bajo las banderas liberales, se perdonaron sus faltas, acaso sus crímenes; no obstante las circunstancias de familia, lo hicieron defecionar y encarrilarse en esa vía tenebrosa que lo llevó al cadalso.

El corazón de O'Horán era un abismo.

Solo Dios se ha asomado á esa misteriosa profundidad.

### III

Se había levantado una gran bulla en la sala, porque uno de los jóvenes había puesto una charada animada.

El juguete era ingenioso y de un gusto exquisito.

La palabra que se había de decifrar la podemos decir al oído á nuestros lectores: *Mercadante*.

El joven figuró primero, valiéndose de las señoras, un *mercado* de esclavos.

Las dos primeras sílabas de la palabra en cuestión estaban puestas con talento.

Después aparecieron dos individuos de la tertulia; el uno con el traje de Virgilio, y el otro con los arreos de Dante, formando ese cuadro famoso en que el poeta florentino y Virgilio están á la puerta del infierno, donde grabó el desgraciado amante de Beatriz, aquellas misteriosas palabras: "Lasciate ogni speranza, o voi chi entrate."

La segunda parte no podía ser más ingeniosa.

Después el autor del juguete se puso al piano y tocó una pieza del inmortal "Mercadante."

Un aplauso resonó en la sala al descifrarse la charada.

Todos los que no habían dado con el secreto, entraron en el número de los sentenciados, y se procedió á aplicarles por suerte la pena merecida.

O'Horán se hallaba en un grupo de amigos, cuando uno de los circunstantes gritó con voz sonora; "¡Señor General, está usted sentenciado!"

Aquella voz resonó lúgubramente en el corazón de aquel hombre, que involuntariamente se estremeció.

Un silencio sombrío discurrió en la reunión.

El mismo presentimiento se comunicó como por telégrafo á todos los circunstantes.

— ¡Sentenciado! murmuró O'Horán, y su frente se oscureció.

Después de un momento sus ojos se tornaron á brillar alumbrados por la luz siniestra de una idea fatal.

— Vuelvo, señores, dijo con sonrisa afable; nada más despacho un oficio, y estoy á las órdenes de ustedes.

### IV.

Entróse en su gabinete, tomó un papel, y sin vacilar, escribió:

"Señor jefe del punto de San Antonio:

El guerrillero Pablo Martínez, pasará de regreso en una carretela; le he permitido el paso á esa ciudad, para aprehenderlo. Deténgalo usted, y consígnelo á la corte marcial francesa.— O' Horán."

Un correo salió á escape á entregar el oficio de la prefectura de Tlalpam.

— Mi vida antes que todo, dijo, O' Horán; estoy rodeado de acechanzas; yo romperé con mi espada estos hilos; caeré en la tumba después que hayan entrado en ella todos mis enemigos.

Pablo Martínez sería el único capaz de atentar contra mi vida.....le acortaremos el paso.

En aquellos momentos resonó un aplauso en la sala.

A O' Horán le pareció el aplauso con que el infierno respondía á sus voces de muerte y exterminio.

### V.

El guerrillero se entró en la carretela, y con la violencia de los caballos, atravesó la ciudad para tomar la garita de San Antonio.

Al llegar á la calzada que media entre la plazuela de San Lucas y la casa que sirve de puerta en la ciudad, hizo que el cochero entrase en el carruaje y él tomó las riendas de los caballos.

El centinela dió el alto.

— Malo, dijo Martínez, me lo había figurado, veamos cómo se sale de este *negocio*.

La carretela se detuvo.

El comandante francés que recibía en esos momentos el oficio de O' Horán, se dirigió á Pablo Martínez.

— ¿De quién es este carruaje?

— De mi General O' Horán, respondió el guerrillero quitándose el sombrero.

--Baje ese hombre que va dentro de la carretela.

El verdadero criado de O' Horán salió de la carretela sin temor alguno.

El comandante lo vió de *calzonera* con botonadura de plata, sombrero galonado y *jorongo*, y se fijó en que aquel traje era de los guerrilleros.

Toma, dijo à Pablo Martínez, lleva esta cubierta al general, y dile que sus órdenes están cumplidas.

Martínez recibió el pliego, y azotando despiadadamente á los animales, salió á todo correr de la ciudad.

El comandante remitió al cochero á la cárcel llamada la *Martinica*, sin permitirle hablar una palabra, y con una custodia, que alarmó á quel desdichado que comenzaba á comprender algo de lo que pasaba.

--Es un pájaro de cuenta, dijo el comandante á su segundo: esta presa me va á traer la cruz de Guadalupe ó la de la Legión de Honor.

--¿De quién se trata? preguntó el subordinado.

--Del temible guerrillero Pablo Martínez.

## VI.

El carruaje caminaba con una celeridad increíble.

--¡Demonio! decía Martínez rechinando los dientes, me pusiste una trampa endemoniada; pero dos lobos no se muerden. Tú me las pagarás todas juntas: lo que es ese maldito coronel esta noche se *atiranta*; me lo *ceuo*, como tres y dos son cinco. Ya tengo un plan que ni mi general Zaragoza.

## VII.

Enrique y Don Serafín salieron al encuentro del carruaje; les parecía increíble volver á ver á Martínez.

--¡Muchachos, buenas noches!

--¡Demonio! se ha librado usted en una tabla.

--Sí, en la del pescante; por poco me atrapan, ¡ah, caualas!.....no importa, yo no abandono la idea de matar á ese infernal coronel.

Ya he jurado *cenármelo* y me lo *ceuo*. Se ha llevado á tantos por delante!

Contradecir á Martínez, era encapricharle hasta la deses-

peración; así es que los dos jóvenes permanecieron en silencio.

--¡Estanislao! gritó Martínez.

--¡Presentel

--Toma las riendas, y cuando salga ese infernal sayón, le dirás que eres el cochero de O' Horán. Cuando esté en esa conversación, nosotros salimos y arde Troya.

Luna tomó las riendas, y todos echaron á andar tras el carruaje, con los mosquetes amartillados.

## VIII.

La noche seguía densamente oscura; no se veían ni las manos.

En el puente de Churubusco se destacó el infortunado coronel sentenciado por el guerrillero.

¡Alto!

El carruaje se detuvo.

--¿Dónde están los señores que llevaste á México?

--Señor, allá se quedaron, va de vacío la carretela.

Pablo Martínez escuchaba con atención.

--¡Demonio! dijo el coronel, se me ocurre ir á dar parte al general de un proyecto, llévame, porque ir á caballo es atroz con esta noche de perros.

Y subió á la carretela.

--Caíste en el garlito, papamoscas, se dijo para sí el guerrillero; á media legua del puente, te cuelgo más alto que la lámpara de Catedral.

El ruido del coche no dejaba percibir al coronel los pasos de los jinetes que lo seguían muy de cerca.

Pablo Martínez estaba excitado, calenturiento, revolvía de un lado á otro de la carretela espionando á su presa y guardando el momento de caer sobre ella y hacerla pedazos.

Llamaba á su cerebro las sombras de tantos inocentes asesinados cobardemente por aquella fiera. Recordaba las ejecuciones del monte de Ajusco, de la Ládrillera, y San Mateo, pensando en los infelices que estaban en la corte marcial, para ser fusilados irremisiblemente, y entonces oprimía con mas fuerza la cintura de su mosquete.

El coronel era ya una alma de la otra vida.



## IX.

El comandante de Tlálpam que recibió la orden de aprehender á Martínez y fusilarlo en el acto, tenía un miedo espantoso al guerrillero, porque estaba seguro que al ponerse frente á Martínez, lo despabilaría de un pistoletazo.

Llamó á su segundo, y sin decirle de quién se trataba, por no infundirle el mismo pánico, le dijo.

—Un individuo muy conocido, ha de venir en la carretela del general que ya no debe tardar. Sin decirle una sola palabra, ni hacer caso de lo que él alegue, lo saca usted del carruaje y lo fusila en el acto.

## X.

El segundo era uno de esos hombres que por estar bien con sus jefes, no se detienen ante nada, y salvan su responsabilidad con decir: "Yo soy mandado."

Apostóse en el camino con seis hombres de su escolta, y esperó la llegada de la carretela, que no se hizo esperar mucho tiempo.

—Alto! gritó el oficial.

—Martínez esperó el resultado de aquella nueva situación.

—Tengo orden, dijo el oficial, de aprehender á usted y llevarmelo conmigo.

—Soy el coronel.....

—Es la orden.

—Pero usted no me conoce?

—Precisamente por eso me han encomendado el negocio.

—No comprendo de qué se trata.

—Menos lo entenderá cuando sepa que lo voy á fusilar inmediatamente.

El coronel, como todo hombre feroz y sanguinario, sintió un miedo horrible, sus rodillas flaquearon y cayó desplomado en el suelo.

Martínez rechinó los dientes de placer.

Don Serafín y Enrique se quedaron petrificados.

—¡Por Dios! exclamó lleno de terror el sentenciado, permítame usted hablarle al general; yo soy el más fiel servidor del imperio, me habrán calumniado mis enemigos, yo siempre he sido reaccionario de corazón.

—Toma tu monarquía, dijo Martínez, mocho de todos los diablos!

—S. M. me ha condecorado con la cruz de la Orden de Guadalupe; á usted le consta cómo he extirpado á los demagogos; no hace una semana que he fusilado seis, yo creo que estos méritos no pueden olvidarse.

—¡Echa proclamas, demonio! murmuraba Pablo Martínez.

—Todo estará muy bueno, pero yo soy mandado, y tengo que cumplir; conque, haga su *acto de contrición*, que lo voy á fusilar.

—Un confesor siquiera.

—La orden no habla de sacramentos; vamos, y pronto, que mi responsabilidad se compromete.

El coronel seguía protestando vivamente, como que la existencia le iba nada menos.

—Tráiganlo, dijo el oficial.

Los soldados tomaron al desgraciado coronel, y casi en peso lo internaron en el *Pedregal*, que comienza á orillas de la ciudad de Tlálpam.

Pocos momentos después se oyeron dos descargas casi simultáneas.

El coronel había dejado de existir.

La justicia divina alcanzaba al malvado cuando menos lo creía.

Es que Dios hace sentir el peso de su omnipotencia, cuando el hombre se halla entregado al torrente impetuoso de sus extravíos.

El guerrillero no volvió hablar una palabra.

Siguió por el *Pedregal* con sus compañeros, atravesando las orillas del pueblo de San Angel, para hacer rumbo á Toluca y seguir camino de Michoacán.

Serafín dijo á su amigo Enrique:

—Ese hombre era un platillo de la muerte.

Enrique respondió por lo bajo á su compañero, refiriéndose á O' Horán y á Pablo Martínez.

—Qué cierto es aquello de: *dos lobos no se muerden*.

## XI.

El cadáver del coronel fué conducido á Tlálpam.

Al amanecer, O' Horán mismo se dirigió al cuartel á cerciorarse de la muerte de Pablo Martínez.

Cuál fué su sorpresa al ver atravesado por las balas al mejor de sus subordinados.

Indagó el secreto de aquella equivocación; juró, renegó, maldijo y se acalabró de coraje.

Quedóse pensativo algunos minutos, considerando la gran

responsabilidad que traía sobre él aquel fatal acontecimiento, y después se dirigió tranquilo á su despacho, jurando una y mil veces vengarse de la burla sangrienta del guerrillero.

Al día siguiente anunciaron los periódicos que Pablo Martínez estaba en poder de la autoridad francesa, y que el coronel encargado de la custodia del camino de Tlalpam había sido pasado por las armas por habersele encontrado documentos que acreditaban su complicidad con los desidentes.

## CAPIPULO SEPTIMO.

### EL ALMA DE UNA MUJER.

#### I.

Las imaginaciones exaltadas suelen tener doble vista, como se cuenta de los sonámbulos y magnetizados.

La emperatriz Carlota estaba bajo la influencia de su cerebro lleno de imágenes ardientes y de concepciones rápidas como la exhalación.

Su inteligencia era clara como la luz del sol, y comprendía cualquier negocio á su simple enunciación.

Carlota de Austria presidía algunos consejos con un tacto admirable. Era el consejero más hábil de Maximiliano.

A fines de Junio de ese año terrible de 866, se encontraba la desgraciada princesa en su cámara, hojeando la nota del 5 de Abril que interesaba tanto al imperio mexicano.

Carlota llevaba aún el luto por su padre el rey Leopoldo. Los pesares habían empalidecido aquella interesante fisonomía, la mirada era triste y concentrada.

¡Pobre joven archiduquesa! Los pesares la combatían en las horas supremas de su vida, en esa época que se llama juventud y que se arrastra tantas contrariedades.

¡Había nacido en hora aciaga!..... Joven, hermosa, llena de aplausos, colmada de incienso y de riqueza, era la joya más preciosa de la corte de Bélgica.

Arrastrada por la ambición, única sombra proyectada fatídicamente sobre su alma, se casó con el archiduque de Austria, llevando la esperanza de ser emperatriz, caso que José II no tuviese sucesión.

Ya la hemos visto perder la razón en el sueño de la mo-

narquía mexicana, y pesar de la balanza de la voluntad en Maximiliano para la aceptación del trono.

Carlota tenía arranques terribles en que su corazón de mujer quedaba bajo su planta.

Iracible y orgullosa, su nacimiento y educación la levantaban sobre el nivel de las de su sexo.

Poseía en alto grado esa afectación de las cortes, de las que se sacrifica la creencia religiosa.

Carlota era protestante, y sin embargo, iba á levantar sus preces en los templos católicos de México.

Enemiga á muerte de nuestro clero, le cobraba el sacrificio de asistir á sus ceremonias, cuando su alma se envolvía en las tinieblas del dogma luterano.

#### II.

Maximiliano, triste y abatido como un hombre en desgracia, se dejaba llevar como una nave desmantelada por el primero que toma el timón en la hora exasperada del naufragio.

La correspondencia europea le había arrancado hasta la última de sus esperanzas.

El mar del porvenir se hinchaba, y crecía en olas gigantes hasta cubrir la miserable roca donde se levantaba el sitio del trono.

El infeliz Fernando Maximiliano, no había contado en su existencia una hora de tranquilidad.

En la corte de Viena vivía como los hermanos de los mayorazgos: abatido, humillado, con la frente baja, delante de José II que lo quería mal.

Lanzado desde sus tiernos años á las tormentas del Océano, bajo el pretexto de instruirle en la marina, su existencia había estado cien veces en peligro, sin que esta perpetua ansiedad inquietase á la angusta familia.

Maximiliano no era hombre de mucha capacidad; sin embargo, tenía la suficiente para conocer lo terrible de su situación. Era Don Juan de Austria de aquel Felipe II, sin tener las glorias ni el arrojo del bastardo de Carlos V.

Entregado á la vida del marino, cuando llegó á posarse en tierra, se entregó sin quien lo contuviera, á extravíos juveniles que acabaron por fastidiarlo.

José II ajustó el matrimonio con Carlota Amalia, hija de rey Leopoldo.

Maximiliano llegó á amar tiernamente á la princesa; pero Dios no había querido darle sucesión, y su hogar estaba triste y abandonado.